

e-aquinas

Año 5

Abril 2007

ISSN 1695-6362

Este mes... EN EL CENTENARIO DE LA ENCÍCLICA *PASCENDI*
(Cátedra de Doctrina Social de la Iglesia del IST
en colaboración con el Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala)

Aula Magna:

ALBERTO CATURELLI, *La Pascendi Dominici Gregis, una
encíclica profética*

1-15

Documento:

PÍO X, *Pascendi Dominici Gregis*

16-64

Publicación:

HORACIO BOJORGE, *Teologías deicidas*

65-69

Noticia:

Centenario de la encíclica Pascendi

70

La Pascendi Dominici Gregis, una encíclica profética¹

Alberto Caturelli
Miembro de la Pontificia Academia Pro Vita

1. En el seno mismo de la Iglesia

El 26 de agosto de 1978, a las seis de la tarde, fue elegido Sumo Pontífice Juan Pablo I. Nosotros estábamos en Varsovia; habíamos participado en Cracovia en un Congreso sobre *Persona humana y filosofía en el mundo contemporáneo*, convocado por la Sociedad Polaca de Teología, que presidía el Cardenal Karol Wojtyła. Inmediatamente después de la estadía en Varsovia nos despedimos de nuestros amigos polacos y partimos a Düsseldorf donde además del XIV^o Congreso Internacional de Filosofía, se llevaba a cabo una reunión de la *Fédération Internationale des Sociétés de Philosophie* a la que debía asistir. Allí me encontré con un profesor de la Gregoriana conocido por su trascendentalismo kantiano próximo a Rahner, más tarde Obispo de una diócesis suiza; me preguntó quién era el nuevo Papa. Le respondí que había sido elegido el Patriarca de Venecia, Cardenal Albino Luciani. Se demudó y con cara de disgusto, me dijo: “Mucho me temo que lo rodeen teólogos reaccionarios y vuelva a actualizar *esa desgraciada Encíclica Pascendi*”.

Me impresionó mucho que un profesor de la Gregoriana, en 1978, calificara de “desgraciado” un documento fundamental del Magisterio ordinario, sobre todo porque aquella encíclica es una síntesis admirable de todos los errores que se siguen en Teología por el influjo del inmanentismo moderno. Más allá de las circunstancias histórico-doctrinales de principios del siglo XX, a las que siempre es necesario tener bien en cuenta, la universalidad y actualidad del documento son sorprendentes; por eso, no dudo en calificar la *Pascendi* como una encíclica profética. Escribo estas líneas a veinticinco días de la muerte de Juan Pablo II, cuyos documentos seguí devotamente durante todo su pontificado (1978-2005); ahora, de acuerdo con los caracteres que ha adquirido tanto la sofística inmanentista contemporánea cuanto la “teología” neomodernista, la actualidad de la “desgraciada” Encíclica *Pascendi* es admirable.

¹ Artículo publicado en la revista *Gladius* 23 (2005) 64, pp. 59-73.

San Pío X decía en 1907: “Lo que sobre todo exige de Nos que rompamos el silencio, es la circunstancia de que al presente no es menester ya ir a buscar a los fabricantes de errores entre los enemigos declarados; se ocultan, y esto es objeto de grandísima ansiedad y angustia, *en el seno mismo y dentro del corazón de la Iglesia*. Enemigos, a la verdad, tanto más perjudiciales cuanto lo son menos declarados”¹. El Santo Pontífice aclara que prescinde de las intenciones reservadas al juicio de Dios, pero, objetivamente, se comportan como enemigos de la Iglesia porque “traman su ruina” no desde fuera, “sino desde dentro: en nuestros días, agrega, el peligro está casi *en las entrañas mismas de la Iglesia*”; estos autores han aplicado la segur no a las ramas del árbol ni a los renuevos “sino a la raíz misma y a sus fibras más profundas”².

Si el estudioso es, ante todo, hombre de fe, tendrá que liberarse (sin ignorarla) de la intrincada red de una enorme bibliografía que no deja ver lo esencial; sobre todo me refiero a la crónica histórica que parece olvidar la penetración sobrenatural y profética de la empresa de San Pío X quien ejercía su misión de “guardar con suma vigilancia el depósito tradicional de la Santa Fe”. Por eso le era imposible “guardar silencio”³. He leído juicios injustos -no sólo equivocados- sobre la *Pascendi*; por ejemplo, que no expone con exactitud el pensamiento de los diversos autores; que la exposición del modernismo es una síntesis bastante “convencional”; que es necesario tener en cuenta las “contingencias prácticas” y divergencias entre los mismos modernistas; que el Papa respaldó una policía secreta para detectar los focos de la infección.

En verdad, como lo destacaba Poulat, que el modernismo no era (ni lo es hoy) un movimiento homogéneo con pensamiento sistemático aunque tiene en común el progresismo, cierta cristología y cierto método histórico aplicado a la Escritura y al misterio sobrenatural. En el fondo los “modernistas” de ayer y de hoy tienen en común el método que *supone* el inmanentismo filosófico; como dice Lortz, el modernismo no es tanto un sistema de doctrina herética cuanto un *modo herético de pensar*⁴.

¹ *Pascendi*, nº 1; cito por *Encíclicas Pontificias, 1832-1965*, 4ª ed., P. Federico Hoyos, 2 vols., Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1963; la Encíclica en el vol I, p. 781-813; el subrayado es mío.

² *Op. cit.*, nº 2

³ Puede consultarse, en castellano, Émile Poulat, *La crisis modernista. Historia, dogma y crítica*, 608 pp., trad. de M. A. Argal, Taurus, Madrid, 1974; en esta obra, cf. fuentes y bibliografía, p. 29-28; del mismo Poulat, *Intégrisme et catholicisme intégral*, Tournai-Paris, 1969.

⁴ Joseph Lortz, *Historia de la Iglesia*, p. 606, trad. de A. P.. Sánchez Pascual, Ed. Guadarrama, Madrid, 1962; el subrayado es mío

Es precisamente ese modo el que actúa “en el seno mismo y dentro del corazón de la Iglesia”. San Pío X se anticipaba sesenta y cinco años a la advertencia de Pablo VI: “se diría que a través de alguna grieta ha entrado el humo de Satanás en el Templo de Dios” y ha “sofocado” los frutos del Concilio Vaticano II. Allí está el peligro señalado por San Pío X: “en las entrañas mismas de la Iglesia”. El Santo Pontífice, cuatro años antes de la Pascendi, había trazado el camino cuando, en su primera encíclica, declaró que vigilaría “con diligencia suma” el sagrado depósito de la fe (I Tim 6.20)⁵.

2. Instaurare omnia in Christo

Pío X no tiene dudas: “Si se nos pide, declaraba al hacerse cargo de la Silla de Pedro, una divisa que sea la expresión de Nuestra voluntad, siempre presentaremos esta sola: *restablecer todas las cosas en Cristo*” (Ef 1, 10)⁶. No todos traducen del mismo modo. La antigua versión latina vertía el *anakephaiósaszai, tà panta*, por *instaurare omnia*; Bover-O’Callaghan ponen *recapitulare omnia*; Mons. Straubinger traduce “reunirlo todo en Cristo” pues tanto en el orden cósmico como en el sobrenatural todo fue *disperso* por el pecado; gracias a Cristo *todo* ha de re-unirse, recapitularse o instaurarse en Él que le dona un *ser nuevo*. Así será Cristo todo en todos (Col 3, 11). Tal es el lema.

Para que se actúe en el tiempo histórico de la Iglesia, es misión de Pedro cumplir la condición esencial, como exhorta San Pablo a Timoteo: “cuida el depósito, evitando las palabrerías profanas y las objeciones de la pseudo ciencia” (I Tim 6, 20.)

La doctrina es lo esencial. Sin ella -que es la expresión misma de la Palabra- no es posible re-unir o recapitular todas las cosas en Cristo; de aquí surge la atención vigilante, la caridad ardiente que puso San Pío X en el examen del modernismo teológico. No existe una sola herejía nueva y si es verdad que se trata, en este caso, de “un modo herético de pensar”, se explica la actualidad sorprendente de la Pascendi.

En su primera encíclica, San Pío X sostiene que la sociedad ha sido atacada por la enfermedad más grave y profunda: la *apostasía*, enfermedad mortal a la que hay que poner remedio; quizá esta deserción y apostasía “sea como un anticipo y comienzo de los males que estaban reservados para el fin de los tiempos”; por eso se combate lo esencial, la religión en cuanto tal, los dogmas de fe y toda

⁵ *E supremi Apostolatus Cathedra*, nº 6, ed. cit.

⁶ *E supremi Apostolatus Cathedra*, nº 2

comunicación con Dios; es la característica del Anticristo que usurpa el lugar de Dios (II Tes 2, 4). Aunque sepamos que así la victoria de Dios está más cerca cuanto más sufrimos la “derrota”, no nos exime del deber de “apresurar la obra de Dios”⁷. Este retorno desde la apostasía “no se obtendrá jamás sino por Jesucristo”; restaurarlo todo en Él, supone la utilización de los medios adecuados: a) formar en Cristo a los que tienen el deber de formar a los demás en Cristo, los *sacerdotes*; b) gobernar y organizar con acierto “los sagrados seminarios” cuidando en ellos “la integridad de la doctrina y la santidad de las costumbres”; c) evitar que éstos sean engañados por la falsa ciencia que “procura introducir los errores del racionalismo o del semi-racionalismo”⁸.

Muchos, hoy, reniegan de la Iglesia y del Evangelio y aborrecen a Cristo quizá “más por ignorancia que por maldad”; de ahí la necesidad de *enseñar* y, sobre todo, enseñar con *caridad*, con amor total al errado; deber éste que también compromete a “todos los fieles sin excepción”. Y, preludiando al futuro Juan Pablo II, San Pío X recuerda que contaremos con la ayuda de Dios *rico en misericordia* (Rom 9, 16) y con el valimiento de María, sede de la sabiduría⁹. No hay otro camino para restaurar o recapitular *todas las cosas*, en Cristo.

3. Método y causas del progresismo modernista

San Pío X es lúcidamente consciente de que el modernismo teológico que debe enfrentar es fruto de un prolongado proceso histórico-doctrinal que ha comenzado en el siglo xiv y culminado en el siglo XIX; también es consciente de la multiplicidad y asistematicidad de este “modo herético de pensar” aunque las ideas esenciales sean “perfectamente fijas y consistentes”¹⁰.

Lo común y permanente es el llamado (o mal llamado) “principio de inmanencia” que reconoce varias vertientes: si sólo existe el singular (nominalismo) y la experiencia sensible aprehende no el ser sino el *fenómeno*, todo es inmanente a la experiencia: sólo existen “hechos atómicos” (de Occam a Hume y de Hume a Russell y Wittgenstein) y nada trasciende a la inmanencia sensible. Se abren caminos que conducen a ninguna parte: la *razón* des-ligada del ser se ve obligada a “probar” que existe lo otro del pensar y se autopone como criterio de verdad; “pone” la forma del conocer (kantismo) y concluye por “poner” la totalidad del ser idéntico al pensar (hegelismo); la inmanencia de la

⁷ *Op. cit.*, nº 3

⁸ *Op. cit.*, nº 6

⁹ *Op. cit.*, nº 6 y 8

¹⁰ *Pascendi*, nº 3

razón conlleva la inmanencia de la *materia* y del positivismo absoluto, pues el mundo de la materia no es más que pensamiento pensado; la inversa es válida: todo es materia en movimiento (materialismo y positivismo) sin espacio para la trascendencia; la conversión del pensar o de la materia evolutiva en la totalidad de la vida (de Nietzsche al historicismo) o en la voluntad irracional, condujo también a la inmanencia del *sentimiento* (Schopenhauer, Schelermacher). Las disidencias, divergencias y oposiciones distinguen los inmanentismos pero reconocen una médula común: la “explicación” del misterio por la razón, la voluntad o el sentimiento y, por tanto su aniquilamiento como misterio; el fenomenismo que no admite otro conocimiento válido que el de la ciencia de las causas segundas; el evolucionismo como dinamismo radical de todo lo real y, por tanto, el historicismo inmanente a sí mismo. San Pío X consideró el inmanentismo tal como se presentaba en 1907 y en cierto modo previó su desarrollo posterior que ha llegado, hoy, al nihilismo en el plano teórico (si es eso posible) y al relativismo “absoluto” en el plano de la operación. Cualquiera de las formas del inmanentismo (empirista, racionalista, materialista, historicista, sentimentalista, científicista, progresista en el sentido del iluminismo) que se tome como método y como filosofía de base para la Teología, tendrá la misma conclusión: la eliminación de la posibilidad misma de la Revelación sobrenatural y la negación del misterio. Para la Iglesia Católica sería la eliminación del depósito revelado y por tanto, la muerte por su reducción al ámbito del mundo. Tal es el cuadro general en el cual debemos ubicar el tema. Ahora, regresemos al texto de la Encíclica.

4. El inmanentismo filosófico en la Encíclica *Pascendi*

El Padre José María Javierre, en su excelente y divertida biografía de San Pío X, cuenta que el Papa, entre 1903 y 1907, “observó y oró” y fueron “cuatro años de vigilante silencio”. También nos cuenta que el Cardenal Mercier, con ocasión de la muerte de Pío X escribió: “¡Quién sabe si, frente a un Papa del temple de Pío X, Lutero y Calvino hubieran arrancado a Roma un tercio de la Europa cristiana!”¹¹. El texto fue precedido por el decreto *Lamentabili* del 3 de julio de 1907 en el cual se condenan 65 proposiciones,; aunque el objetivo principal es la obra de Loisy, la trasciende totalmente como puede verse en el texto de la *Pascendi* promulgada dos meses más tarde el 8 de setiembre del mismo año. Se trata de un enorme esfuerzo de síntesis en cuya redacción, nos informa el P. Javierre, el Papa tuvo “participación directa y personal” como lo prueban sus propios textos manuscritos.

¹¹ *Pío X*, p. 252, Biblioteca Básica del Creyente, Madrid, 1984

El primer aspecto a considerar es el filosófico: el inmanentismo postula que “la razón humana, encerrada rigurosamente” en el círculo de los fenómenos “no puede trascenderlos (agnosticismo)¹²; esta “inmanencia vital” cierra todo acceso natural a Dios y sobrenatural a la revelación externa; para los modernistas no puede buscársela fuera del hombre; *inmanencia religiosa*, cuya manifestación es la concepción de la fe como mero sentimiento allende el cual está lo incognoscible. La fe depende de algún fenómeno que, aunque esté en el campo de la ciencia y de la historia, se sitúa allende sus límites; por eso, el mismo fenómeno es *desfigurado* atribuyéndosele una realidad que no tiene; como un anticipo de la futura “desmitologización” de Bultmann (aunque Pío X tiene la atención puesta en la exégesis racionalista) pone un ejemplo central: en la persona de Cristo, la ciencia y la historia ven sólo un hombre; en virtud del agnosticismo que rige la exégesis, es menester borrar de la historia de Cristo todo carácter divino y mantener sus condiciones históricas; hay que concluir que la figura de Cristo ha sido *desfigurada* por la fe y es menester prescindir de ella en sus palabras, actos, lugar en que vivió, etcétera. Hoy diríamos que una cosa es lo que los apóstoles creyeron y transmitieron y otra la realidad histórica¹³.

El sentimiento religioso, nada más, “es el germen de toda religión” y la religión católica está “al nivel de las demás en todo”. No son sólo los incrédulos quienes así lo sostienen, sino muchos sacerdotes que “publican tales cosas”. La inteligencia elabora el pensamiento con sentencias secundarias y “estas *secundarias sentencias*, una vez sancionadas por el magisterio supremo de la Iglesia, formarán el *dogma*”. Éste, como ya se supone, tiene su origen en las “primitivas fórmulas simples” que son “intermedias entre el creyente y su fe”; son signos, *símbolos*, instrumentos que han de acomodarse a las vicisitudes del hombre; los dogmas están, pues, sujetos a variación; es decir, a la *evolución*. De modo que siempre habrá que cambiar o ir cambiando, las fórmulas dogmáticas. El dinamismo de la realidad evolutiva (desde el empirismo al idealismo, desde el idealismo al pragmatismo relativista) *debe* trasladarse a la teología; sus consecuencias están a la vista.

Por un lado conduce al sincretismo y, por otro, al falseamiento de la tradición. En cuanto a lo primero, porque “de esta doctrina de la *experiencia*, unida a la obra del *simbolismo*, se infiere la verdad de toda religión”: si en *todas* las religiones se encuentran experiencias de ese tipo, es menester admitir que “todas las religiones son verdaderas”; lo que produce estupor es que sacerdotes católicos actúen “como si de hecho las aprobasen”. Imposible, hoy, no recordar

¹² *Pascendi*, nº 4 a

¹³ *Op. cit.*, nº 4 b

la tesis de los “cristianos anónimos” que existirían en *toda* religión y en *toda* cultura¹⁴ .

En cuanto a lo segundo, como se aplica el mismo método y los modernistas entienden por tradición “sólo cierta comunicación de alguna experiencia original”, concluyen por destruirla. Aquella comunicación a veces arraiga, a veces envejece y muere; de lo cual se sigue que todas las religiones son verdaderas; si así no fuera, no existirían.

Por fin, como la fe versa sobre un objeto que la ciencia declara incognoscible, “la ciencia es totalmente independiente de la fe”; la fe, por tanto, debe someterse a ella y el “obsequio racional” de la inteligencia desaparece. Lo más que puede aceptarse (como está ocurriendo ahora después de cien años) es que “las representaciones de la realidad divina son simbólicas” (simbolismo teológico).

5. El inmanentismo teológico y su proyección en el futuro

a) En la Encíclica Pascendi

Los párrafos 6-12 de la Encíclica constituyen una síntesis admirable. Inmanencia y simbolismo: si el principio de la fe es inmanente, Dios es inmanente al hombre (inmanencia teológica); si las representaciones son simbólicas, “las representaciones de la realidad divina son simbólicas” (simbolismo teológico). Y como lo real está sometido al dinamismo de la evolución, los dogmas brotan de la evolución y sólo así hay que sostener que “la Iglesia y los sacramentos fueron instituidos *mediatamente* por Cristo”. El *culto* brota de la necesidad de dar a la religión algo sensible y extenderla por los sacramentos, que “son puros símbolos o signos”. Las Escrituras quedan reducidas a “colección de experiencias” y la “vehemencia del impulso”, como en la obra poética, es la *inspiración* que queda así desnaturalizada. Los herejes de entonces anticipaban la reciente afirmación de una Iglesia “democrática” pues como expone Pío X, del mismo modo como se sostiene que la Iglesia nace de la colectividad de las conciencias, “así igualmente la autoridad procede vitalmente de la misma Iglesia”; por eso, la autoridad eclesiástica “tiene el deber de usar de las formas democráticas”¹⁵ .

¹⁴ *Op. cit.*, nº 5

¹⁵ *Op. cit.*, nº 6 e

Así como, en virtud de su objeto, ciencia y fe son extrañas entre sí, “de idéntico modo lo son el Estado y la Iglesia por sus fines”; han de separarse, como han de separarse el católico y el ciudadano. Anticipa aquí Pío X su rechazo a la dualidad del liberalismo del movimiento “Le Sillon” (1910) que admite como dos hombres: el individuo católico en la intimidad y el “sillonista” público, que es neutro¹⁶. De modo análogo, los modernistas niegan el magisterio porque éste surgiría de la fusión de la mente que elige la fórmula con la potestad que la prescribe; es decir, el “magisterio” nacería así “de las conciencias individuales”. El modernismo teológico supone la idea del *progreso* incoercible e indefinido que condenó Pío IX en el *Syllabus*¹⁷. Aunque muchos modernistas no quieren ser tenidos por filósofos, “toda la historia y crítica respiran pura filosofía: sólo hay “fenómenos” (agnosticismo, inmanencia vital, evolución), supuestos de la crítica que aplican a los libros sagrados... San Pío X cree ver claro el método seguido: “Precede el filósofo; sigue el historiador; vienen detrás, por orden la crítica interna y la textual”¹⁸. Me permito ahora algunas citas más extensas de un texto escrito por San Pío X en 1907, no en 2005.

“Quieren introducir novedades en la Filosofía, principalmente en los seminarios eclesiásticos: de suerte que, relegada la Filosofía de los escolásticos a la Historia de la Filosofía (...) se enseñe a los jóvenes la *filosofía moderna*, única verdadera y conveniente para nuestra época. Para renovar la Teología quieren que, la que llamamos racional tome por fundamento la filosofía moderna, y exigen principalmente que la Teología positiva estribe en la Historia de los dogmas”(...). “Ordenan que los dogmas y su evolución se pongan en armonía con la Ciencia y con la Historia. Por lo que se refiere a la Catequesis, solicitan que en los libros para el Catecismo no se consignen otros dogmas sino los que hubieren sido reformados y sean acomodados al alcance del vulgo” (...). “Andan clamando que el régimen de la Iglesia se ha de reformar en todos conceptos, pero principalmente en el disciplinar y dogmático y, por tanto se ha de armonizar interior y exteriormente con lo que llaman *conciencia moderna*, que propende a la *democracia* con todo su peso; por lo cual débese conceder al clero inferior y a los mismos laicos, cierta intervención en el gobierno, y se ha de repetir la autoridad, demasiado recogida y condensada en el centro. Las Congregaciones romanas (...) quieren asimismo que se transformen, y principalmente las del Santo Oficio y del Índice”. En el campo de la moral, “que las virtudes activas han de ser antepuestas a las pasivas”; es decir, propugna la primacía de la acción sobre la contemplación. Por fin, “ateniéndose de bonísima

¹⁶ Cf. *Notre Charge Apostolique*, III, 29; ed. cit., vol.II, p. 2271-2286

¹⁷ *Pascendi*, n^o 6, f, in fine

¹⁸ *Op. cit.*, n^o 8

gana a los maestros protestantes, desean *que se suprima en el sacerdocio el sagrado celibato*"¹⁹.

Inmediatamente después de esta síntesis, San Pío X concluye: "abarcando con una mirada la totalidad de este sistema, nadie se maravillará si lo definimos afirmando que es un *conglomerado de todas las herejías*"²⁰.

b) Consecuencias inevitables y causas inmediatas

El inmanentismo filosófico, científico e histórico que, arbitrariamente postulan tener objeto cognoscible a diferencia de la fe cuyo sujeto estiman incognoscible, es la fuente de todos los errores y de todas las rebeldías. Al reflexionar sobre los resultados, San Pío X señala las inevitables consecuencias presentes y futuras: el ateísmo y la negación de toda religión como resultado del simbolismo puro; se pregunta (mucho tiempo antes que van Buren) "¿Por qué no será también símbolo el mismo *nombre* de Dios o de la personalidad divina?"²¹.

Si nos preguntamos no por las causas teóricas *remotas* (que ya hemos expuesto) sino por la causa profunda personal, el Papa señala dos fundamentales, la auto-posición de la razón y del hombre que es la *soberbia* y, simultáneamente, el vicio opuesto a la virtud de la studiosidad que es la *curiosidad* en el sentido de búsqueda viciosa de lo nuevo, no de la verdad objetiva; en el caso de la Teología, ambos vicios se agravan porque el hombre se pone a sí mismo como norma suprema²².

Si nos preguntamos por las causas *inmediatas*, dos surgen con invencible evidencia: a) la *ignorancia*; se trata de una ignorancia no común sino profunda (si puede calificársela así), ignorancia que puede afectar a muchos "doctos" que enseñan en Seminarios y Universidades Eclesiásticas sin adhesión real al magisterio y desprecio del realismo metafísico; dice San Pío X: "Todos los modernos, sin excepción, que quieren ser y pasar por doctores en la Iglesia, aunque subliman con palabras grandilocuentes la filosofía moderna y desprecian la escolástica, no abrazaron la primera (...) sino porque su *completa*

¹⁹ *Op. cit.*, nº 10, 10; el subrayado es mío

²⁰ *Op. cit.*, nº 11

²¹ *Op. cit.*, nº 11

²² *Op. cit.*, nº 12; cf. mi ensayo "La studiosidad y la vida espiritual", *Sapientia*, XLII, nº 165-166., p. 167-176, Buenos aires, 1987; como opúsculo aparte, 17 pp, Univ. Popular Autónoma del Estado de Puebla, México, 1993

ignorancia de la segunda los privó de los argumentos necesarios para distinguir la confusión de las ideas y refutar los sofismas”²³.

La otra causa está contenida en la primera pues no es otra que el *odio al método escolástico*. Estos gratuitos “titulares” de un “magisterio paralelo”, rechazan “el método escolástico de filosofar, la autoridad y tradición de los Padres, el magisterio eclesiástico” (...) “Ridiculizan generalmente y desprecian la *filosofía y teología escolásticas*”²⁴. En 1907 (como en 2005) todos aquellos que defienden la ortodoxia y luchan por la Iglesia, son víctimas de “la conspiración del silencio”; esta manera de proceder contra los católicos, dice Pío X, “es tanto más odiosa, cuanto que al propio tiempo levantan sin ninguna moderación, con perpetua alabanza, a todos aquellos que con ellos consienten; los libros de éstos, concluye el Pontífice, llenos por todas partes de novedades, recíbenlos con grande admiración y aplauso...”²⁵.

Si San Pío X hubiese vivido hoy habría podido comprobar que cuanto él denunciaba entonces, ha alcanzado ahora cierta absolutidad. Las vidrieras de librería católicas llenas de libros de Boff, Küng, Gutiérrez, Rahner, Moltmann y muchos otros; precisamente porque han sido “observados” por la Santa Sede son un buen negocio ... venden ... venden mucho. En la *Pascendi*, el Papa denunciaba la impregnación de los seminarios y congresos, revistas, periódicos y órdenes religiosas.

Antes de exponer los remedios que San Pío X proponía, es conveniente dedicar un párrafo a una *proyección* del progresismo modernista mucho más allá del mismo Pío X y la *Pascendi*. Proyección que tiene una lógica estricta.

c) Proyección del modernismo teológico mas allá de San Pío X hasta la actual “dictadura del relativismo”

Basta aplicar el mismo “principio” de inmanencia a la Teología posterior, para descubrir las vertientes del progresismo modernista en el siglo XX y en el comienzo del siglo XXI. Después de la *Pascendi* y de las medidas concretas dispuestas por el Papa, el modernismo pareció extinguirse; sin embargo los rescoldos ocultos bajo las cenizas, volvieron a arder más tarde como multifacético *desarrollo de lo mismo*. No es necesario hacer aquí una historia detallada (imposible y desproporcionada); basta con las grandes líneas

²³ *Op. cit.*, nº 12, 2ª

²⁴ *Op. cit.*, nº 12, 3ª

²⁵ *Op. cit.*, nº 12, 3ª in fine

El “principio” de inmanencia, como bien observaba Pío X, es totalizador e incluye tanto el orden natural como el sobrenatural; la idea hegeliana de *mediación* funda la idea de *progreso* de la antigua Ilustración; por eso en el Hegel de la *Fenomenología*, el Verbo Encarnado es “figura de la autoconciencia” devenida sí misma como presencia sensible y su muerte (la muerte de Cristo) es su “nacimiento como Espíritu” en cuyo devenir Dios muere en todos los momentos; la distinción entre naturaleza y gracia desaparece: Dios personal se “retira” del mundo y es expulsado de la interioridad del hombre y de toda operación transeúnte del hombre (moralidad, trabajo, cultura, técnica). Tal es la real situación del mundo y hoy es menester una “Teología sin Dios” y comprender que ésa es la “madurez” del cristiano (Bonhoeffer). Si queremos que el mundo escuche el mensaje cristiano debemos partir de esa “madurez” (que asume la situación del mundo ateo) e inaugurar una exégesis nueva; por un lado vuelve a la plenitud de la *ratio* (universo vital) partiendo de la “reflexión trascendental” y genera una “antropología trascendental” cuyo iniciador habría sido nada menos que Santo Tomás (Rahner); por otro, sume el dato revelado en la *historia* y sólo en la historia. Adquieren aquí una importancia desmesurada la arqueología y otras disciplinas puestas al servicio de la nueva exégesis. La “inversión antropológica” encuentra su desarrollo coherente en la “teología” del “mundo” de Metz. En esta línea nos encontramos con la identificación del Reino con el mundo (Cox y otros). Lo cierto es que la exégesis bíblica no tiene por qué partir del Magisterio (negado en cuanto tal) sino del sujeto trascendental como a priori teológico.

Bajo el remoto pero eficaz influjo de Hegel y el más próximo del análisis existencial de Heidegger, se siguen dos vertientes: por un lado el *kerygma* (lo anunciado, la palabra) es encubierto por el mito que lo “objetiva”; lo anunciado debe ser “desmitificado”: es des-objetivado y hechos (históricos) centrales (como el Nacimiento, la Resurrección, la Ascensión de Cristo) son subjetivos; es decir, constituyen lo que los Apóstoles creyeron “objetivando” una experiencia interior (Bultmann); por otro lado, como ciencia (positiva) y fe se han separado (como varias veces lo expresa Pío X) la ciencia sustituye a la fe y la técnica a la profecía en la “Teología” de la muerte de dios” (Altizer, Hamilton). En todos los casos, la persona es reducida a la *subjetividad* y Dios (ese dios del inmanentismo) a la *historia*: objetivamente es la nada de la persona y la nada de Dios. En el fondo no queda otra posibilidad (ya que la realidad objetiva se ha volatilizado) que el lenguaje ... y la aplicación del “análisis del lenguaje” a la Palabra (Paul van Buren); esto supone (bajo el influjo del empirismo radical de Wittgenstein, Wisdom, Strawson, Austin) la incapacidad del lenguaje para referirse a Algo trascendente; naturalmente, esto es trasladado al “lenguaje teológico” (juegos de lenguaje) y hasta la misma expresión nietzscheana “Dios ha muerto”, por ser en el fondo metafísica, no tiene sentido; lo que de veras ha muerto es la palabra “Dios”: silencio de Dios, silencio del hombre.

Regresemos un momento a la mediación hegeliana que concibe a priori la realidad como contradicción y explica el influjo del materialismo dialéctico en la Teología. La realidad social como contradicción supone una “inmanencia vital” y se expresa en la “lucha de clases” como “principio hermenéutico determinante” (teologías de la “liberación”) que hacen una “lectura” política de la Escritura. El inmanentismo historicista denunciado por Pío X renace en estas “teologías” de la auto-redención del hombre que llega hasta la inversión del sentido de los símbolos.

El falso principio de la “inmanencia vital” puede llegar mucho más lejos. Les es suficiente aceptar o postular la no existencia –ni en el plano filosófico ni en el teológico- de proposiciones con contenido de verdad, para concluir en el relativismo más radical que hoy invade el mundo. No se trata sólo de los ambientes académicos; el relativismo (cada uno tiene “su” verdad y nadie tiene “la” verdad) ha penetrado no sólo en la ciencia y en la “teología” (las encíclicas son sólo la “opinión” del Papa y son discutibles) sino en la vida social, en todas las manifestaciones públicas, en la vida familiar y en la política.

El 18 de abril de 2005, dos días antes de ser elegido Sumo Pontífice, el Cardenal Ratzinger sostuvo en la homilía de la misa *Pro eligendo Pontifice*: “el relativismo parece ser la única actitud que está de moda”; el relativismo es “el dejarse llevar, ‘zarandear’ por cualquier viento de doctrina”; así “se va constituyendo una dictadura del relativismo”. Muchos creen que es lo que corresponde a una “fe adulta”; pero, dijo el hoy Benedicto XVI, “adulta no es una fe que sigue las olas de la moda y de la última novedad; adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo”²⁶. Sabemos que es contradictorio hablar de un relativismo absoluto pues al menos sería siempre verdadero que todo es relativo. Sin embargo, en esta contradicción se des-vive el hombre de hoy.

6. Los remedios que proponía la *Pascendi*

Volvamos al texto de la encíclica de San Pío X. Los errores denunciados son diversos y hasta discordantes entre sí ... pero son los mismos; los errores que circulan hoy son diversos (¿son de veras diversos?) y hasta discordantes ... pero son los mismos. Pío X veía con gran claridad que el “principio” de inmanencia era y es el nervio común; por eso no es difícil, en la diversidad, descubrir siempre lo mismo. Se ha dicho desde antiguo que no existe herejía “nueva”. Es

²⁶ El texto en *Boletín* de AICA, XLIX, nº 2554, p. 205-206, Buenos Aires, 4.5.2005

verdad. En la modernidad, hay un esfuerzo empeinado de “regreso” al hombre *viejo* transfiriendo la salvación al mundo; pero lo único *nuevo* es Cristo, el Redentor; todos los errores y herejías, son viejos con una careta de “novedad”. Este manto de secularismo radical en medio de la “ruidosidad” ensordecedora del espíritu del mundo, nos ha sumido en las catacumbas.

¿Qué remedios proponía Pío X? El primero y esencial corre como una savia vital en toda la encíclica y muy particularmente en su primera carta *E Supremi Apostolatus Cathedra*: La vida interior y la oración; la fidelidad absoluta al Maestro divino que es, simultáneamente, vigilante cuidado del sagrado depósito.

También proponía correctivos prácticos. En la línea del magisterio de León XIII (*Aeterni Patris*) que, en el futuro ahondará y ampliará Juan Pablo II (*Veritatis Splendor* y *Fides et Ratio*). San Pío X afirma enérgicamente: “por lo que toca a los estudios, queremos y definitivamente mandamos, que la Filosofía escolástica se ponga por fundamento de los estudios sagrados”. Para que no queden dudas agrega: “Lo principal que hay que notar es que, cuando prescribimos que se siga la filosofía escolástica entendemos principalmente aquélla que enseñó Santo Tomás de Aquino”, y advierte: “el apartarse del doctor de Aquino, en especial en las cuestiones metafísicas, nunca dejará de ser de gran perjuicio”²⁷. Este supuesto esencial pone el “cimiento de la Teología”.

Por otra parte (contrariamente a la mil veces repetida acusación de “oscurantismo” (?)) San Pío X propugna el estudio de las ciencias cuidando no interferir dañosamente con los estudios teológicos.

Al final postula las *medidas prácticas* tantas veces criticadas y deformadas: ante todo la elección de “los rectores y maestros de los seminarios o de las Universidades católicas”. Quienes estuvieren imbuidos de modernismo, “sin miramientos de ninguna clase, *apártense del oficio* así de regir como de enseñar; y si ya lo ejercitan, *sean destituidos*”²⁸.

San Pío X disponía una censura de libros y revistas no adecuadas para lograr una formación integral, señalaba también “la obligación de los libreros católicos de no exponer para la venta los libros prohibidos por el Obispo!

El Papa resolvió crear consejos de vigilancia “siguiendo las huellas de San Carlos Borromeo”; prohibió las “asambleas de sacerdotes” e impuso a los

²⁷ *Pascendi*, n° 13 a

²⁸ *Op. cit.*, n° 13 b

Obispos la obligación de informar periódicamente a la Santa Sede para erradicar “los errores que de todas partes nos invaden”²⁹.

7. Una Encíclica profética

El profeta ve en los hechos las verdades que Dios quiere revelarles. Santo Tomás enseña que todo conocimiento que cae fuera del alcance natural y es recibido por revelación se llama profecía: es, pues, un *don* y un *llamado*: conocimiento supra-racional a la luz de Dios que el profeta recibe a modo de impresión transeúnte³⁰. Ahora que el término se ha vuelto equívoco y cualquier “denuncia” (contra una situación de injusticia por ejemplo) recibe el nombre de acto profético, es bueno retornar al sentido estricto. Rigurosamente hablando y habida cuenta de la gracia de estado del ministerio petrino del Santo Padre, se puede afirmar que la encíclica *Pascendi* es profética. En este caso resalta particularmente su carácter profético referido tanto a los hechos presentes denunciados cuanto a los hechos futuros. Como toda enseñanza y disposición del magisterio ordinario nos obliga “interiormente, en conciencia y bajo pecado”.

Si el lector lo desea, compare las disposiciones prácticas de la *Pascendi* con las de la encíclica *Veritatis Splendor* de Juan Pablo II (1993); en ésta, el Santo Padre recuerda a los Obispos su “deber de vigilancia (personal) para que la Palabra de Dios sea fielmente enseñada” y exhorta a tomar las medidas oportunas³¹. En cuanto a la doctrina, la *Fides et ratio* (1998) es la confirmación más rotunda (como no podía ser de otro modo) de cuanto enseñaba la *Pascendi* casi cien años antes.

No me parece casual que San Pío X, además del Crucifijo, tuviera sobre su mesa de trabajo, dos estatuillas: la del Santo Cura de Ars, signo de la sólida fe de párroco del mundo, y la de Santa Juana de Arco, signo de la intrépida y heroica militancia cristiana.

²⁹ *Op. cit.*, n^o 13 e, f y n^o 14

³⁰ *STh.*, II, II^a, 171, 1; *De Ver.*, 12, 1

³¹ *Veritatis Splendor*, n^o 115, 116; cf. más adelante, cap. V, par. III